LLORAR ETERNO

Josefa era una humilde trabajadora que devengaba su sustento como aseadora de un edificio; sus rasgos físicos dejaban aún entrever la belleza y lozanía de sus mejores días, siendo objeto de requiebros de pretendientes ocasionales.

La fuerte extracción campesina de Josefa enfrentaba los embates hasta cuando el remolino de la vida la arrastró tras el vendaval de las pasiones y como flor silvestre de sus entrañas nació un chiquillo que trajo risas y alegría al provisional hogar; el que pronto se vio frustrado, pues Joaquín abandonó la pieza, el catre, el reverbero, el crucifijo, el perro, a ella y al niño.

Empezó entonces el tortuoso camino y Josefa hubo de regresar a buscar en la calle vendiendo cachivaches el sustento para Alfonso su hijo; se instaló en un rincón cualquiera de una calle anónima, colocó sobre unas tablas unos cacharros, los que paseantes compradores o mejor curiosos manoseaban cuál algunos que van a la feria, miran y no compran nada.

No faltaron pillos que hurtaban objetos del *"lujoso mostrario"* del acogedor almacén *"agáchese"*, donde la lluvia, el frio y a veces el sol eran los encantos del lugar.

Un triste episodio vino a sumarse a su ya azaroso destino, Alfonso confundido entre las gentes mientras Josefa atendía sus quehaceres, se extravió; fuera de sí, Josefa lo buscó afanosamente por los sitios circunvecinos ya que así desaparecía su único tesoro y para colmo de infortunios al regresar a su puesto ambulante, oportunistas le habían sustraído sus haberes.

Sus lágrimas y gritos a nadie conmovieron, ni las paredes hicieron eco, vagó sin rumbo fijo noches y días... Todo lo fue en vano.

Pasaron los años Josefa envejeció, imploró ayuda, pero la sociedad impávida la contempló; sus escasos enseres como queda dicho, habían desaparecido.

Al fin tocando de puerta en puerta en busca de empleo, una familia pudiente le brindó la ocasión anhelada, contratándola para los oficios de la fastuosa mansión.

Aquella familia la integraban tres personas, el esposo, la esposa y un joven esbelto, que por aquel entonces cursaba estudios en la academia militar y en quien Josefa pareció observar los rasgos del ser de su vida y quien además llevaba el mismo nombre.

Josefa supo la suerte corrida por el ahora apuesto capitán descubriendo ser su hijo, pero hubo de guardar discreto silencio; en ocasiones se le observaba como petrificada al mirarlo.

Las visitas del ahora arrogante coronel a sus padres adoptivos y a la lujosa residencia, se daban a menudo, mientras se encariñaba por una atención especial hacia la viejita que tanto velaba por él; éste solía a su vez consignarle presentes que ella guardaba tímidamente en su habitación.

En cierta ocasión Josefa ante la presencia del elegante coronel, dejó caer de sus manos una preciosa vajilla lo que enfureció a la dueña de casa y apenas que hubo terminado la visita del importante huésped, fue despedida sin la menor consideración a sus años y del temblor que había aparecido en sus manos, motivo del referido daño.

Scanned with CamScanner

A causa de su edad, Josefa no encontró trabajo viéndose obligada a ejercer la mendicidad, pero no olvidaba a Alfonso y con pasos tambaleantes se le veía día a día ir en su búsqueda por las cercanías de la casa de sus padres adoptivos, pero sus intentos de encuentro no rindieron fruto, ya que el entonces comandante con poder en cielo, mar y tierra con claras muestras de enojo por tal maldad con la noble anciana, abandonó la lujosa morada de sus progenitores putativos, dedicándose a buscarla en la indiferente ciudad.

La suerte tiene caminos paralelos que al extremo se tocan y en una oportunidad cuando menos se esperaba, Alfonso viajando en su flamante automóvil, divisó la enjuta figura de Josefa; ordenándole al soldado conductor tomar hacia dicha dirección; detuvo el automotor, se apeó, la abrazó, le obsequió algunos detalles y dinero, acordando en encontrarse allí al día siguiente a la misma hora para llevársela consigo; mientras ella feliz cruzaba la avenida, siendo arrollada por un vehículo ante la atónita mirada del coronel, que sollozante la tomó entre sus brazos... Ella agonizante le susurró: *"Adiós hijo mío, te veré en el cielo…"*.

Un grito desgarró el espacio, unos papeles viéronse esparcidos sobre el suelo, unos regalos y una talega, divisándose en medio de estos una foto que él recogió logrando reconocerse en ella. En el adverso podía leerse: *"Este es Alfonso, mi hijo adorado…"*

Así son las cosas cuando son del alma.

APOTEOSIS…

…Lo fue el simposio que tuviera como escenario los carismáticos como ilustres predios de la Escuela de Cadetes de Policía General Santander, los días 14, 15 y 16 del presente mes y año, consagrado a enaltecer la virtud cardinal: La mística, poder espiritual que enseña la fuerza vital para alcanzar del hombre o mujer lo más entrañable de la convicción humana.

Cabe a la atildada coronel Sandra Bibiana López Duque, diligente directora del instituto docente cómo a sus inmediatos asesores, la gracia de haber orientado por los linderos del éxito el acontecimiento, cuya clausura expresara la grandeza del orden académico, propio de edades que fueron y ya no son.

Atentos esperamos a que el caudal de la mística policial se difunda en los fueros de la institución para gloria de Dios y bien de la patria.

Nuestro agradecimiento por las diferentes manifestaciones de aprecio de las que fuéramos objeto durante el trascendental certamen.

"Vis juri de servia"

Brigadier General (H)
HUMBERTO APARICIO NAVIA

Santiago de Cali, 20 de octubre de 2.025

Scanned with CamScanner